

las dos brigadas de la division Montou, la que mandaba el general Rey, se incorporase á José Bonaparte en Irun, y fuese escoltándolo por toda la estension comprendida en el mando del mariscal Bessieres, á cuya vigilancia estaba encomendado el camino de Bayona á Madrid. Los nuevos ministros del rey José, señores O'Farill, Azanza, Ceballos y Urquijo, pertenecientes unos al consejo de Fernando VII. á gabinetes anteriores otros, y todos unánimes en ahorrar á la España una espantosa guerra, adhiriéndose á la nueva dinastía, iban en su compañía con los individuos de la antigua junta. Componíase el cortejo real de mas de cien carruages que caminaban al paso de las tropas. El rey José era de un carácter afable y bondadoso; pero hablaba tan mal el español, y conocia aun tan poco las costumbres de España, que tanto por su figura como por su lenguaje y otra porcion de cosas, revelaba demasiado que era extranjero. Acogido por esta causa con una malevolencia muy natural, y juzgado con una prevencion estremada, todo cuanto hacia daba pretexto á las mas desfavorables interpretaciones sobre su persona. En las ciudades ó villas populosas donde hizo noche durante su tránsito, se esforzaba por conversar con los principales habitantes de ellas, á quienes se tomaba el trabajo de reunir, dándoles de este modo pretexto para que ridiculizasen despues sus modales y su acento extranjero. Y si bien hubo ocasiones en que no dejaba de hacer impresion en ellos su extraordinaria bondad, esta impresion, sin embargo, era muy poco duradera, y en el instante mismo en que lo perdian de vista, no era un obstáculo para

que hiciesen mil retratos, mas ó menos ridículos, del rey *intruso*, como ellos le llamaban. La mayor parte se complacian en decir, que el rey José no era mas que un desventurado, á quien á pesar suyo se le obligaba á reinar en España, y víctima del tirano que oprimia á su familia lo mismo que al mundo.

Las impresiones que recibió el rey José en Irun, Tolosa y Vitoria, fueron tan tristes y tan hondas, que su alma débil, la cual le habia ya impelido mas de una vez á echar de menos al reino de Nápoles durante los dias de su permanencia en Bayona, sellenó de la mayor amargura al verse sublevado en masa, degollando á los soldados franceses, y dejándose matar por estos, el pueblo sobre el cual estaba llamado á reinar. Desde Vitoria, todas sus cartas se hallaban impregnadas del dolor mas vivo: *No puedo contar con una persona que me sea adicta*, fueron las primeras palabras que dirigió al emperador, y las que con mas frecuencia le repitió mas tarde. *Necesitamos cincuenta mil hombres de tropas aguerridas y cincuenta millones; si tardais en enviarlos, dentro de breve tiempo necesitaremos cien millones y cien mil soldados...* Tal era la conclusion de todas sus cartas. Dejando á los generales franceses la mision dura y desagradable de reprimir la revolucion, el rey José reservó solamente para si la prerogativa de la clemencia, y á sus peticiones de hombres y de dinero agregó en las cartas á su hermano quejas cotidianas sobre los excesos que perpetraban los soldados franceses, constituyéndose en su acusador constante y en apologista de los insurgentes. Esta conducta creó bien pronto entre José y el ejército perjudiciales divergencias, y llegó á



irritar al fin al mismo Napoleon. Muy cierto es, que nuestros soldados cometian á veces excesos punibles; pero estos excesos, no obstante, eran infinitamente menores que lo que merecian las atrocidades de que con frecuencia eran víctimas.

Seguramente que ninguna necesidad tenia Napoleon de la correspondencia de su hermano para conocer la estension de la falta que habia cometido, á pesar de que jamás quiso convenir en ella. Para entonces, ya sabia á fondo lo universal y violenta que era la insurreccion, si bien confiaba en la rapidez asombrosa con que huian los insurgentes en campo raso, para poder reducirlos á la obediencia sin dispendiar mayor número de tropas.—Tened paciencia, contestaba en sus cartas al rey José, y procurad que no desmaye vuestro valor. Ya cuidaré yo de que no os falten recursos, y de mandaros las suficientes fuerzas: en cuanto á dinero, con una administracion regular nunca puede llegar el caso de que escasee en España. Pero no os constituyais en acusador de mis soldados, á quienes vos y yo debemos cuanto somos: haceos cargo además que tienen que habérselas con bandidos, que los degüellan sin conmiseracion alguna, y que no hay otro medio para contenerlos que el del terror. Bueno que procureis atraeros la devocion de los españoles; pero hacedlo de modo que no se desanime el ejército francés porque esta seria una falta irreparable.—A estas reflexiones, que Napoleon dirigia á su hermano, agregó las instrucciones mas severas á los generales, recomendándoles espresamente que evitasen todo género de exacciones, y que se mostrasen al propio tiempo inflexibles para

con los revoltosos. La órden que mas frecuentemente se halla en su correspondencia, era la de no saquear, y la de que se fusilase sin piedad á los insurgentes, para evitar todo pretesto y gusto por la insurreccion.

Mientras que el rey José proseguia su viage hácia Madrid al paso de la infanteria; la guerra continuaba en Castilla la Vieja y en Aragon, ofreciendo sus alternativas acostumbradas. El general Verdier, que habia llegado á las murallas de Zaragoza con los dos mil hombres de su division, y encontrado al frente de esta ciudad los refuerzos de infanteria polaca, y de regimientos expedicionarios que Napoleon habia ido enviando sucesivamente, contaba con una fuerza de cerca de doce mil hombres, y con un numeroso tren de artilleria, traído de Pamplona. Para la mencionada época ya habia conseguido que el general Lefebvre-Desnoettes desalojase al enemigo de las posiciones esterioras, obligar á los insurgentes á encerrarse dentro de la plaza, y erigir numerosas baterias bajo la direccion del general Lacoste. Impelido por las vivas instancias de Napoleon, resolvió intentar un ataque decisivo en los dias 1.º y 2 de julio con veinte piezas de grueso calibre, y diez mil infantes que debian emprender el asalto. La ciudad de Zaragoza se halla situada á la derecha del Ebro, y solo tiene á la izquierda de este rio un arrabal. Desgraciadamente, y á pesar de las reiteradas órdenes del emperador, no habia podido conseguirse todavia echar un puente sobre el Ebro, de modo, que la caballeria pudiera atender á todas partes y privar á los sitiados de su comunicacion con los de fuera. Merced á esto, llegábanles á cada paso y sin difi-



cultad alguna por el arrabal de la orilla izquierda, viveres, municiones, y refuerzos de desertores y sublevados, hasta el punto de poderse decir que todos los insurgentes de Aragon habian logrado encerrarse en la ciudad. Situada Zaragoza, como ya hemos dicho, sobre la derecha del Ebro, hallábase ademas circundada de una muralla, flanqueada a la izquierda por un edificio bastante sólido, llamado de la Inquisicion, hácia el centro por el convento magnífico de Santa Engracia, y á la derecha por el no menos grande de San José. El general Verdier habia asestado una gran bateria de brecha contra el castillo de la Inquisicion, reservando para sí el mando de este ataque, por considerarlo el mas difícil, y el mas decisivo. Habia dirigido igualmente una bateria contra el convento de Santa Engracia, y otra contra el de San José, confiando el mando y la direccion del ataque de ambos puntos al general Lefebvre-Desnoettes.

El 1.º de julio, dada que fué la señal para la pelea, los veinte morteros y obuses, sostenidos y secundados por toda la artilleria de campaña, empezaron un fuego violento, dirigido no solo contra los sólidos edificios que se elevaban sobre la muralla, sino tambien contra la poblacion misma. Mas de doscientas bombas y de mil doscientas balas de obus fueron disparadas sobre aquella desgraciada ciudad, que llegó á incendiarse por diversos puntos, sin que sus defensores, que eran en su mayor parte forasteros, y los cuales situados en las casas inmediatas á los principales puntos contra los que iban dirigidos los disparos, habian sufrido muy poco, manifestasen ni la más remota señal de desmayo. Los insurgentes habian coloca-

do tambien en bateria, bajo la direccion de algunos oficiales españoles del cuerpo de ingenieros, cuarenta piezas de artilleria que contestaban perfectamente á nuestros disparos. Tenian ademas guardados los puntos adonde mas probablemente podian dirigirse nuestras tropas, con columnas compuestas de soldados desertores del ejército español y mas de diez mil paisanos guardados en las casas. El 2 de julio por la mañana, y despues de haber abierto anchas brechas en el palacio de la Inquisicion y en los dos conventos que flanqueaban la muralla, nuestras tropas se lanzaron al asalto con todo el ardor peculiar de soldados jóvenes é inesperados. Hizoseles, empero, un fuego tan terrible desde el primero de los edificios mencionados, que no pudieron menos de pararse sorprendidos, y á pesar de los esfuerzos de los oficiales, no se atrevieron á penetrar mas adentro. Otro tanto sucedió en el convento de Santa Engracia. Solo el general Habert fué quien, consiguiendo apoderarse del convento de San José, logró proporcionarse una entrada en la ciudad. Con todo, cuando intentó penetrar en ella, halló atrincheradas las calles, y aspilleradas las paredes de los edificios, de manera que vomitaban todos ellos un granizo de balas. Quizás los soldados de Austerlitz y de Eylau hubieran arrostrado aquel fuego con mas bravura; pero no cabe duda alguna en que no hubieran logrado tampoco hacer grandes progresos ante obstáculos materiales de aquella especie. Era pues, evidente que contra una resistencia semejante habia que emplear nuevos y mas eficaces medios de destruccion, y que en vez de proseguir perdiendo hombres marchando á descubierto del



fuego de las casas, convenia mucho mas derribarlas á cañonazos y aplanarlas sobre las cabezas de los que las defendian.

Conservando el general Verdier el convento de San José de que se habia apoderado, hizo entrar á su tropa en los claustros, despues de sufrir una pérdida de trescientos á cuatrocientos hombres, asaz considerable en proporcion á un cuerpo de ejército de diez mil. El gran número de oficiales que sucumbieron en el asalto, probaba demasiado bien los esfuerzos valerosos que hicieran para mantener firmes á sus soldados á presencia de tantas dificultades.

El general Verdier resolvió esperar nuevos refuerzos, y sobre todo un tren de artillería mas considerable, para renovar el ataque de una plaza que se creyó en un principio poder reducir en algunos dias, y la cual, sin embargo, se defendia mejor que una ciudad regularmente fortificada. Enterado que fué Napoleon de este estado de cosas, envió inmediatamente al general Verdier los regimientos 14.º y 44.º de linea, que acababan de llegar á Bayona, y algunas piezas de grueso calibre.

La noticia de la resistencia de Zaragoza causó en España una estremada emocion, al paso que hizo subir de punto la jactancia de los españoles. El rey José, que á la sazón habia llegado á Bribiesca, iba recibiendo por todos los pueblos de su tránsito pruebas y señales inequívocas del odio profundo que profesaban estos á los franceses, y de su gran confianza en sus propias fuerzas. Las poblaciones por donde pasaba, ó se hallaban desiertas, ó era acogido en ellas con un silencio glacial, ó revelaban una exaltación de orgullo tan inaudito, que

no parecia sino que los españoles habian conseguido sobre nosotros las mil victorias que la Francia habia alcanzado sobre la Europa. El fundamento principal de sus esperanzas era el ejército de don Gregorio de la Cuesta y de don Joaquin Blake, compuesto de los insurgentes de Galicia, Leon, Asturias y Castilla la Vieja, y que iba marchando á la sazón por Benavente á caer sobre Burgos. Los españoles no dudaban que el mencionado ejército alcanzaria una completa victoria contra el mariscal Bessieres, la cual unida á la resistencia de Zaragoza, no podia menos, segun ellos, de dejar libre de franceses el Norte de España. Nada de cierto se sabia por entonces acerca del Mediodía; pero los rumores desfavorables acerca de la suerte del mariscal Moncey en Valencia y de la del general Dupont en Andalucía iban acrecentándose diariamente, y los españoles ademas estaban confiados en que fuese cual fuese el éxito de las misiones respectivas de ambos general, tendrian que abandonarlas en breve uno y otro para reparar los descalabros sufridos en el Norte. Napoleon, por su parte, tambien era de parecer que el Norte era el que ofrecia á la sazón mas peligro, mediante á que en él estribaba la base de las operaciones de nuestros ejércitos, y en esta atencion, ordenó al general Bessieres que reuniendo á sus tropas las divisiones Merle y Montou (menos la brigada á las órdenes de Rey, que formaba la escolta de su hermano) y la caballería al mando del general Lasalle, marchase inmediatamente al encuentro de los generales Blake y Cuesta, y que cayendo sobre ellos procurase batirlos á todo trance. Segun Napoleon, el hacerse dueños del Norte y el dominar el camino de Bayo-



na á Madrid, era el interes principal del ejército y la condicion indispensable para nuestro sostenimiento en España. Asi es que recomendando muy especialmente al general Savary que tuviese fija toda su atencion en la parte del Mediodía, tan impenetrable y tan incierto, le habia prescrito, sin embargo, que enviase al mariscal Bessieres por Segovia todas cuantas fuerzas considerara que no eran de todo punto indispensables en la capital.— Un descalabro en el Mediodía, decia Napoleón, seria ciertamente un gran mal; pero una derrota de consideracion en el Norte, causaria tal vez la pérdida del ejército, y cuando menos la de la campaña, mediante á que haria preciso evacuar las otras tres partes de la Peninsula, para volver á recobrar en el Norte la posicion.

El mariscal Bessieres partió en efecto el 12 de julio de Burgos con la division Merle completa, con la mitad de la de Montou (la brigada de Reynaud) y con la division Lasalle, cuyas fuerzas componian un total de once mil infantes y mil quinientos caballos; parte de cazadores y dragones, y parte de caballería de la guardia. Con este número de tropas marchó resueltamente en busca de los sublevados del Norte, al mando, como ya hemos dicho, de los generales Blake y Cuesta.

Despues de la derrota que en el puente de Cabezon sufriera el capitan general de Valladolid, habiase retirado al reino de Leon, y si bien se hallaba asaz descontento de los sublevados, cuya imprudencia le habia espuesto á un descalabro sensible, tenia, sin embargo, gran empeño en rehacerse, á cuyo fin procuró ordenar los elementos heterogéneos, de que se componia la insurreccion. El gene-

ral Cuesta contaba á la sazón con dos ó tres mil hombres de tropa, y con unos siete ú ocho mil voluntarios, compuestos de artesanos, estudiantes, gentes del pueblo y campesinos. A esta fuerza queria añadir los sublevados de Asturias, y los de Galicia con especialidad, porque en estos se hallaba comprendida una gran parte de las tropas de la division Taranco, que habia regresado ya de Portugal. Los asturianos, consultando antes que todo su propio interes, y creyéndose invencibles mientras que permaneciesen encerrados en sus montañas, no habian querido moverse á la invitacion del general Cuesta, y se limitaron á enviarle dos ó tres batallones de tropas organizadas. Pero la junta de la Coruña, menos prudente y mas generosa, decidió contra el parecer de don Joaquin Blake que habia reemplazado en el mando al general Filangieri, mandar todas las fuerzas de la provincia á las llanuras de Castilla la Vieja para que probasen suerte en las armas. Don Joaquin Blake, oriundo de una de las familias católicas inglesas que iban á buscar fortuna á España, era un militar de profesion, bastante instruido en su carrera, y se habia dedicado con esmero, sirviéndose de las tropas de linea que tenia á sus órdenes, á organizar un ejército capaz de hacer frente á un enemigo tan avezado á la guerra como los franceses. A este fin aumentó el cuadro de sus tropas de linea con algunos insurgentes, y formó con el resto de ellos batallones de voluntarios, á los cuales hacia que se les enseñase diariamente el ejercicio para darles alguna consistencia. Sea que el general Blake no estuviere ganoso de medir tan pronto sus fuerzas con los franceses, sea que realmente comprendiese has-



ta qué punto contribuye una buena organizacion al buen éxito de la guerra, lo cierto es que pedia de plazo algunos meses mas para descender á las llanuras de Castilla, durante los cuales queria disciplinar sus tropas al abrigo de las montañas de Galicia. Vencido, empero, por la voluntad de la junta, vióse obligado á ponerse en marcha y á avanzar hasta Benavente. El general Blake hubiera podido muy bien llevar consigo de veinte y siete á veinte y ocho mil hombres, mitad de los batallones antiguos, y mitad de los modernos: prefirió, sin embargo, dejar dos divisiones de retaguardia que guardasen los desfiladeros, y con otras tres que componian la fuerza de quince á diez y ocho mil hombres, se encaminó hácia Valladolid, y llegó á incorporarse en las cercanías de Medina de Rioseco con don Gregorio de la Cuesta el 12 de julio. Estos dos generales no podian seguramente entenderse ni armonizar uno con otro. El uno era de carácter imperioso y severo, y el otro, que iba mal de su grado á aventurar una batalla campal contra un enemigo hasta entonces invencible, se hallaba muy poco dispuesto á mostrarse dócil. El general Cuesta, como mas antiguo, se encargó del mando en jefe, y tuvo una entrevista con su colega en Medina para concertar las operaciones. Entre ambos generales podian presentar un ejército de veinte y seis á veinte y ocho mil hombres, el cual á hallarse compuesto de mejores soldados, debia ofrecerles probabilidades de triunfo contra el ejército francés que solo constaba de once á doce mil.

Medina de Rioseco se halla situada sobre una esplanada. A la izquierda, (para los españoles) estaba el camino de Burgos y Palencia, por donde

venian marchando las tropas francesas al mando del mariscal Bessieres, y á la derecha, el de Valladolid. Un destacamento francés de caballería que marchaba de batida por entre los dos caminos, indujo á un error á los generales españoles, poco versados de suyo en punto á reconocimientos, haciéndoles creer que el enemigo venia por el camino de Valladolid, ó sea por su derecha. Esto era el 13 de julio por la tarde. Engañado el general Blake por estas apariencias, aprovechó la noche para pasar su cuerpo de ejército á la derecha de Medina sobre el camino de Valladolid. Al despuntar el dia, que en la estacion en que tuvo lugar lo que vamos á referir, amanece bastante temprano, los generales españoles se convencieron de que se habian equivocado, y Cuesta, que era el que se habia puesto el último en movimiento, detuvo su marcha, teniendo cuidado de apoyarse sobre la izquierda hácia el camino de Palencia, por donde venian avanzando los franceses. Creyéndose allí mas en peligro, pidió refuerzos á Blake, el cual se apresuró á mandarle una de sus divisiones. Los generales españoles se encontraron, pues, formados en dos líneas, la primera de las cuales, mas avanzada que la otra y mas inclinada sobre la derecha, la mandaba Blake, y la segunda que estaba mas atrás y mas inclinada sobre la izquierda, el general Cuesta. Una y otra se quedaron inmóviles en esta situacion, aguardando á los franceses desde lo alto de la esplanada, porque se hallaban poco habituados á las maniobras para rectificar tan cerca del enemigo la posicion que habian tomado.

El mariscal Bessieres, cuyas tropas á consecuencia de una marcha tan rápida habian quedado



reducidas á nueve ó diez mil infantes, y mil doscientos caballos, no concibió temor alguno al ver frente de sí veinte y seis ó veinte y ocho mil hombres, porque tenía formada la mas alta opinion de sus tropas. Sentíase muy capaz por el contrario, de arrollar todo cuanto se le pudiese delante con solos dos de sus regimientos aguerridos, y algunos escuadrones de la guardia. El bizarro Bessieres, oficial de caballería formado en la misma escuela que Murat, é hijo como él de la Gascuña, tenía mucha tambien de la jactancia, prontitud, y bravura de aquel gefe. Distinguiendo desde bastante distancia, y á medida que marchaba avanzando con sus tropas por bajo de la esplanada de Medina de Rioseco, las dos líneas españolas, colocadas una detrás de otra, resolvió aprovechar el espacio que mediaba entre ellas, á fin de dirigirse antes sobre el flanco de la primera, y arrollada que esta fuese, caer luego en masa sobre la segunda. Púsole así por obra, mandando avanzar rápidamente al general Merle por su izquierda para que atacase al general Blake, y al general Mouton por la derecha para que fuese flaqueando la división Merle y se lanzase en seguida sobre Cuesta. La caballería continuaba marchando con el esforzado y brillante Lasalle á la cabeza.

Participando nuestras tropas de la confianza de sus generales, treparon hácia la esplanada con una extraordinaria firmeza, y acometieron resueltamente la línea de Blake, recibiendo un fuego de artillería vivísimo y certero, porque hay que advertir que las tropas de esta arma eran sin disputa las mejores del ejército español. Nuestros soldados, que habian tenido ya sobradas ocasiones de ejér-

citarse en el fuego desde su entrada en España, dispararon sobre el enemigo con bastante acierto así que se aproximaron al alcance de los tiros de fusil. Acto continuo, marcharon sobre la línea enemiga, y llegaron hasta ella á la bayoneta. Los españoles no se resistieron largo tiempo; una carga que les dió el general Lasalle con los cazadores acabó de arrollarlos, y destrozada la izquierda de su primera línea española, la segunda quedó completamente á descubierto. Ante semejante espectáculo, una parte de esta avanzó espontáneamente hácia nuestras tropas y trató con una bizarría extraordinaria de resistir su choque, aprovechándose del desórden que el buen éxito mismo habia introducido en sus filas. Logró, en efecto, contenerlas por un instante, y hasta consiguió apoderarse de una de nuestras baterías que habia seguido el movimiento de la infantería. Secundáronla en este desesperado esfuerzo los guardias de corps y los carabineros reales, que, á decir verdad, cargaron valientemente. La infantería española, creyendo ya de su parte el triunfo, tiraba al aire los sombreros, gritando ¡*Viva el rey!* Pero el mariscal Bessieres habia dejado una reserva de trescientos caballos, pertenecientes á los granaderos y cazadores de la guardia imperial, los cuales, lanzándose á galope sobre el enemigo y gritando á su vez: *Viva el emperador!* ¡*Fuera los Borbones de toda la Europa!* arrollaron en un abrir y cerrar de ojos á los guardias de corps y carabineros reales, tratándolos como habian tratado en Austerlitz á los caballeros guardias del emperador Alejandro. El general Merle, que habia cumplido ya su mision destrozando la línea de Blake, se dirigió sobre el centro



de la del general Cuesta, contra la cual estaba ya combatiendo el general Mouton. Como puede presumirse, la segunda linea española no resistió largo tiempo el doble ataque de los reclutas del general Merle, y de los soldados aguerridos de aquel general. Arrollada, como poco antes lo habia sido la primera, volvió toda ella las espaldas, huyendo en el mayor desórden por la esplanada, y dirigiéndose á buscar un asilo á la ciudad. Lanzándose en aquel momento los mil doscientos caballos del general Lasalle sobre una masa de veinte y cinco mil fugitivos, llenos de indecible terror, y que iban soltando las armas, y dando desesperados gritos, hicieron en ellos una horrible carnicería. Poco rato despues, aquella inmensa llanura no ofrecia mas que un espectáculo asaz lamentable, puesto que yacian en ella cuatro ó cinco mil desgraciados, tendidos por los sables de nuestros ginetes. Los vastos campos de batalla del Norte, que tantas veces cubrieron nuestras tropas de cadáveres, no ofrecieron nunca un cuadro tan triste. Diez y ocho piezas de artillería, una porcion de banderas, y una multitud de fusiles abandonados por los fugitivos, quedaron en nuestro poder. Mientras la caballería, que no tenia otro medio para coger prisioneros que el de herir á los que huian, se encarnizaba acuchillándolos, la infantería se habia dirigido sobre la ciudad. Sus habitantes engañados por falsas noticias dadas por algunos soldados que habian abandonado el campo de batalla antes del fin de la accion, creian que la victoria se habia declarado á favor de los españoles, y estaban casi todos asomados á las ventanas. Poco tardaron, empero, á sufrir el mas cruel desengaño, viendo pasar por de-

lante de su vista el torrente de los fugitivos. Volviendo parte de ellos á recobrar su valor al verse dentro de las murallas, hicieron alto con ánimo de resistir á nuestras tropas. Pero el general Montou con el 4.º ligero y el 15.º de linea, entró en la ciudad á la bayoneta, derribando cuantos obstáculos hallaba por delante, y en medio de aquel tumulto, conduciéndose los soldados como en una ciudad tomada por asalto, empezaron á saquear á Medina, la cual quedó á su discrecion por algunas horas. Los frailes del convento de San Francisco, que habian hecho fuego sobre los franceses desde las ventanas, fueron pasados á cuchillo todos ó la mayor parte.

Esta sangrienta victoria, que sometia á nuestro poder el Norte de la España, y que debia escarmentar por algun tiempo á los insurgentes, retrayéndolos de descender de las montañas á las llanuras, solo nos costó setecientos muertos y trescientos heridos; merced á los efectos felices de un ataque bien concebido y ejecutado con gran bizarría.

El mariscal Bessieres ordenó á la siguiente mañana su ejército, y emprendió aceleradamente la marcha sobre Leon, á fin de acabar de dispersar los fugitivos.

La noticia de la victoria alcanzada por nuestras tropas en Rioseco, produjo al menos por el pronto un notable cambio en el lenguaje de los españoles, los cuales abrigaban antes de ella la confianza de que nuestras tropas tendrian que dejar espedito el camino de Madrid, con lo cual sedestruiria por su base nuestro establecimiento en la Península.



El rey José, cuya marcha continuaba con la misma lentitud, había llegado á Burgos. Queriendo durante su tránsito captarse la voluntad de los pueblos, había procurado conquistarlos á fuerza de agasajos y de una estremada afectacion de humanidad vituperando constantemente la conducta de los soldados franceses, y aplaudiendo la de los españoles. Llegando, empero á convencerse al fin de que las conquistas que hacia, no compensaban el tiempo que en ellas empleaba; recibiendo á cada paso reiteradas invitaciones del general Savary para que fuese á mostrarse á su nueva capital; y tranquilizado sobre todo con la victoria de Riosseco, puso fin á sus inútiles contemplaciones con los pueblos, que por su parte correspondian á ellas bastante mal, y emprendió de una sola tirada el viage de Burgos á Madrid, donde entró el 20 por la tarde á presencia de un pueblo que lo contemplaba con fria curiosidad, y sin oír ni una sola aclamacion, que no procediese del ejército francés, el cual aun cuando no tenia motivos para estar muy contento de su conducta, victoreaba en su persona al glorioso emperador, por quien estaba dispuesto á ir hasta el fin del mundo para pelear y morir.

Aun cuando la entrada del rey José en Madrid tuvo lugar despues que el ejército francés había obtenido una victoria, que debia restablecer la balanza de la opinion en favor suyo, encontró en la córte lo mismo que en todas partes una repugnancia visible de acercarse á su persona, que era en efecto, para desesperar á cualquiera. Los ministros, que habían aceptado su servicio, hallábanse tan consternados, que no pudieron menos de

confesarle, que bajo ningun concepto se hubieran adherido á su partido, si hubieran podido preveer hasta que punto iba á mostrarse contrario el país á la nueva monarquía. Los individuos de la junta de Bayona, que fueron acompañándole en el viage, se habían dispersado poco á poco. Los consejeros de Castilla, á quienes sus compatriotas echaban en cara la estremada complacencia con que se habían prestado á las exigencias de Murat rehusaban hacer el juramento de rendirle homenaje. Únicamente el clero, fiel á su principio de dar *al César lo que es del César*, fué el que se acercó á felicitar á la monarquía de hecho, ó por mejor decir, al hermano del autor del Concordato. El rey José se esplicó ante él de una manera muy significativa á favor de la religion, y habiendo logrado conmoverle con sus palabras y con la buena disposicion de ánimo que dejó traslucir, su language, transmitido al pueblo despues de la entrevista, produjo bastante buen efecto en la capital. El cuerpo diplomático, queriendo contemporizar, no con el nuevo rey, sino con el emperador de los franceses, se había apresurado, como el clero, á rendirle homenaje. Con éste, con algunos grandes de España, comensales ordinarios é inevitables de la córte, que no pudieron menos de presentarse en ella, con los generales franceses, los ministros estrangeros, el alto clero, y algunos cortesanos de esos que tienen por hábito el andar cerca del trono, el rey José había logrado reunir una córte de bastante buena apariencia, á la cual hubieran convertido indudablemente nuevas y rápidas victorias en una córte respetable, y provista de los medios suficientes para conseguir, sino el ser amada, el ser obedeci-



da al menos. Pero si bien es verdad que acabábase de conseguir una señalada victoria en el Norte, era en cambio, muy dudoso que pudiera sucedernos otro tanto en el Mediodía. Habíase transcurrido un mes entero sin tener noticia alguna del general Dupont, y para saber algo acerca de su suerte, había sido preciso que su segunda división, la que mandaba Vedel, enviada en su auxilio, atravesase á viva fuerza los desfiladeros de Sierra Morena. Por este medio fué como se supo la toma de Córdoba, la evacuación de esta misma ciudad verificada posteriormente, y el asiento del ejército en Andújar. Poco tiempo después, la insurrección había vuelto á cerrarse sobre el general Dupont y el general Vedel, como la mar sobre un navío que surca sus aguas, y de nuevo volvieron á quedar interceptadas las comunicaciones. En cuanto á la suerte que había cabido al mariscal Moncey, sobre el cual escasearon también por largo tiempo las noticias, he aquí lo que llegó á saber, y lo que le había ocurrido durante los acontecimientos tan varios de Castilla, Aragón, Andalucía, y Cataluña.

El lector recordará que dejamos en Cuenca al mariscal Moncey, dando tiempo á que el general Chabran pudiese avanzar hasta Castellón de la Plana, mientras que éste por el contrario se había visto precisado á retroceder hácia Barcelona á fin de no quedar enteramente incomunicado con esta ciudad, á cuyo efecto, y para atravesar las villas de Arbos, Vendrell, y Villafranca, é incorporarse con su general en jefe que había salido á su encuentro hasta Bruch, había tenido que sufrir vigorosos choques. Ambos generales se encerraron en

seguida en Barcelona, y cada día se veían en la precisión de trabar encarnizados combates con los insurgentes, los cuales se acercaban para atacar á nuestras tropas hasta las puertas mismas de la ciudad.

El mariscal Moncey, que ignoraba todas estas circunstancias, había esperado en Cuenca desde el 14 al 17 de junio, al cabo de cuyo tiempo, y figurándose que el general Chabran había tenido el suficiente para acercarse á Valencia, se puso en movimiento por el camino casi impracticable de Requena, añadiendo al gran retraso de su estancia en aquella ciudad, el de una marcha lenta, muy buena, si se quiere, para sus tropas, mediante á que ni un solo hombre quedaba rezagado, pero asaz perjudicial por otra parte al conjunto de las operaciones. Pasando por Yortola y Buenacha, llegó el 20 á Minglanilla, y el 21 se encontró á las márgenes del Cabriel, teniendo enfrente de sí algunos batallones enemigos, suizo uno de ellos, y situados en el puente de Pajazo, posición de las mas difíciles de tomar á viva fuerza. El Cabriel por este sitio corre entre escabrosas rocas. Para llegar al puente que lo atraviesa, hay que pasar un estrecho desfiladero, y después de franqueado el puente, queda otro desfiladero todavía mas difícil. Los insurgentes de Valencia, á quienes se había dado tiempo para establecerse en esta posición, habían obstruido el puente, colocado una batería á la entrada, y esparcido por las rocas inmediatas un enjambre de guerrilleros. El mariscal Moncey trajo sobre este punto y por un camino de los mas escabrosos algunas piezas de artillería conducidas á brazo; destruyó con ellas los obstáculos aglomera-